

LA COMARCA DE TENTUDÍA EN LA PREHISTORIA DE LA CUENCA MEDIA DEL GUADIANA

ALONSO RODRÍGUEZ DÍAZ
Universidad de Extremadura

Como parte integrante de la Cuenca Media del Guadiana, la comarca de Tentudía ofrece rasgos de una auténtica encrucijada geográfica y cultural en el marco general del Suroeste peninsular. Desde el punto de vista geográfico, se trata de un espacio montuoso, de cerradas dehesas e intrincados caminos que marca, a un tiempo, la divisoria de aguas entre el Guadiana y el Guadalquivir y el tránsito entre la Sierra Morena occidental y las fértiles campiñas centro-meridionales de la provincia de Badajoz: Tierra de Barros y Azuaga-Llerena. En la vertiente cultural, Tentudía ha sido y es en sí un área de transición y confluencia, propicia al mestizaje, por cuanto constituye un punto de encuentro obligado en el tráfico Norte-Sur y Este-Oeste. Dichos aspectos, extensibles en buena medida a toda la Cuenca Media del Guadiana, constituyen, en nuestra opinión, premisas esenciales para comprender su proceso histórico y, sobre todo, calibrar sus singularidades. Unas singularidades que, dicho sea de paso, exigen, además, unas concepciones y unos planteamientos metodológicos que observen de forma complementaria –y, por tanto, no excluyente– las continuidades y las discontinuidades culturales en el análisis histórico. Como venimos insistiendo desde hace algún tiempo, no debe olvidarse en este sentido que

los ámbitos periféricos y fronterizos –y el Guadiana Medio lo es– son más proclives a la disgregación que a la concentración, a lo centrípeto que a lo centrífugo y, en suma, a la discontinuidad que a la continuidad (Rodríguez Díaz, 1990; Rodríguez Díaz y Enríquez Navascués, 2001). Pero si nuestra postura metodológica y conceptual ante el territorio se encuentra definida en términos generales, el nivel de información que sobre los “tiempos prehistóricos” en Tentudía poseemos impide hacer, por el momento, un discurso fluido y coherente desde el Paleolítico hasta época romana. No obstante, justo es reconocer que sobre algunos períodos pre y protohistóricos esta zona ha proporcionado importantes novedades para el avance de la investigación en los últimos años (Fig. 1).

1. Neolítico y megalitismo (c. 3500-2800 a. C.)

Como es fácil imaginar, las fases más deficientemente documentadas son las más remotas. De hecho, puede decirse que –sin negar su existencia– prácticamente se desconocen testimonios sobre el Paleolítico y el Epipaleolítico en esta zona. Las evidencias ocupacionales más antiguas registradas, hasta el momento, se remontan al Neolítico Tardío y Final (finales del IV milenio a. C.), en el marco del fenómeno megalítico y las primeras “economías productoras”. Las manifestaciones megalíticas reconocidas en Tentudía responden a dos grupos bien diferenciados tipológica y funcionalmente: menhires y alineamientos, por un lado, y construcciones dolménicas en general, por otro. De los primeros, tenemos algunos ejemplos publicados e inéditos en Fregenal de la Sierra, Barcarrota-Jerez de los Caballeros y el valle del Ardila que, en su globalidad, se aproximan morfológicamente a los “círculos de piedras” sur-alentejanos y su significado se vincula indistintamente con cultos astrales o fertilidad y puntos de encuentro e intercambio de especial contenido simbólico o/y territorial (Berrocal Rangel, 1991; Peral Pacheco y otros, en este volumen). En cuanto a las construcciones dolménicas, precisar que se asocian en su práctica totalidad a dólmenes de corredor que, como es bien conocido, son tumbas de inhumación colectiva originarias también del Alentejo portugués, según acreditan las cronologías de C14 y la propia gradación Oeste-Este que ofrece la cartografía de hallazgos de nuestra región, en particular, y de toda la fachada atlántica, en general (Bueno Ramírez, 1987). En la mitad sur de la provincia de Badajoz, los principales hallazgos se localizan en el área de Barcarrota-Jerez de los Caballeros, Monesterio, Puebla del Maestre, Usagre y La Cardenosa (Azuaga) (Enríquez Navascués y Hurtado Pérez, 1986). Como no es menos sabido, dichas construcciones se vinculan tradicionalmente con grupos de carácter igualitario y vida seminómada en función del carácter colectivo de sus enterramientos y del desconocimiento de sus poblados. No obstante, las investigaciones en curso en ciertos ámbitos extremeños fronterizos con Portugal comienzan a apuntar resultados prometedores, tanto en el reconocimiento de los hábitats megalíticos como en la definición de sus particulares proyectos territoriales (Oliveira, 1993 y 1997). Para finalizar, y ya en el plano de lo simbólico, no está de más recordar que dichas comunidades megalíticas tienen en el ídolo-placa uno de sus elementos más emblemáticos, identificado con la divinidad funeraria de los “grandes ojos” que “todo lo ve en la oscuridad”, cuya iconografía se prolongará hasta la Edad del Cobre (Hurtado Pérez, 1978).

Respecto al poblamiento asociado a los “primeros agricultores” del Guadiana Medio, podemos concretar que se aprecian dos tipos principales de asentamiento: las ocupaciones en cueva y los poblados al aire libre. De las primeras, las ocupaciones en cueva, vale la pena referir los hallazgos superficiales de la Cueva del Agua (Fuentes de León) y Monesterio, consistentes en fragmentos cerámicos decorados con motivos diversos que encuentran su mejor referente contextual en la Cueva de la Charneca (Oliva de Mérida), cuyo extenso repertorio de cerámicas decoradas (motivos incisos, impresos, punto y raya, plásticos, a la almagra...) se viene encuadrando en un horizonte tardo-neolítico compartido por diversas cuevas portuguesas, meseteñas y andaluzas (Enríquez Navascués, 1986 y 1996). En este sentido, no debe olvidarse la proximidad relativa de la Cueva Chica de Santiago, en Cazalla de la Sierra (Sevilla), excavada en los años setenta por Pellicer y Acosta (1982), con niveles de ocupación que van desde el Neolítico Antiguo al Reciente, fechados entre inicios del VI milenio a. C. y la segunda mitad del IV. En el plano socioeconómico, estas ocupaciones en cueva se vinculan con pequeñas comunidades campesinas de carácter segmentario o igualitario, de cuya disposición en el territorio no se desprenden patrones poblacionales definidos de cara a su explotación y control estratégico. Sus ritos funerarios se desconocen, si bien no se descarta la utilización de las grietas o los espacios profundos de las cuevas como lugares de enterramiento.

Por su parte, los poblados al aire libre tienen su mejor ejemplo comarcal en los niveles más antiguos reconocidos en el cerro de Los Castillejos-2 de Fuente de Cantos (Rodríguez Díaz, 1987), a los que se asocian algunas subestructuras excavadas en la roca (silos y posibles “fondos de cabaña”) con restos cerámicos y líticos diversos, entre los que destacan vasos de “perfil de saco” y las llamadas “cazuelas carenadas”. Éstas se corresponden con fuentes de gran diámetro y escasa profundidad, que algunos autores han vinculado con fórmulas colectivas de preparación y consumo de alimentos ampliamente extendidas durante Neolítico Final por todo el Suroeste peninsular. Los hábitats al aire libre del Guadiana Medio se vienen relacionando con pequeñas comunidades semisedentarias y de organización parental, cuyas estrategias de subsistencia y su comportamiento territorial parecen estar determinados por una agricultura de rozas que se prolongará hasta la primera mitad del III milenio a. C. En el terreno de lo simbólico, la mejor referencia de estos grupos sigue estando en el conocido ídolo antropomorfo de Araya (Mérida), el torso de una figurilla de amplias caderas y el sexo femenino profundamente marcado, valorada por su descubridor como una de las últimas representaciones de la fecundidad neolítica (Enríquez Navascués, 1981-82). Para concluir, señalar que –excepto hallazgos aislados sin ningún valor conductual generalizable– aún se desconocen las costumbres funerarias de estos poblados, si bien en alguna ocasión se ha apuntado con insuficientes argumentos su posible relación con dólmenes (Bueno Ramírez, 1988: 207).

2. Edad del cobre o calcolítico (c. 2800-1800 a. C.)

En líneas generales, este período –que grosso modo ocupa la mayor parte del III milenio a. C.– puede definirse como la fase de maduración y consolidación de las sociedades neolíticas precedentes. Dicho proceso se atisba en sus comienzos en puntos como El Lobo, Badajoz o Santa Engracia, entre otros. Lugares éstos relacionados aún con el cultivo de rozas de las tierras próximas al Guadiana, pero en los que se constatan ya la presencia incipiente de los platos de borde reforzado y las primeras evidencias metalúrgicas que tecnológicamente argumentan los inicios de la Edad del Cobre (2800-2500 a. C.) (Enríquez Navascués, 1990; Hurtado Pérez, 1995). La fase siguiente, el Calcolítico Pleno, será una etapa de verdadera eclosión demográfica en la Cuenca Media del Guadiana. De hecho, se define como el momento en que se produce la primera gran ocupación sistemática de este territorio. Arqueológicamente todo ello se fundamenta en un notable número de poblados que tipológicamente se agrupan en diversas categorías: grandes asentamientos en llano, poblados fortificados en alto, pequeños núcleos estratégicos, etc. Actualmente, tal diversidad de ocupaciones se valora desde distintos puntos de vista. Así, por un lado, V. Hurtado Pérez (1995) defiende la existencia de amplios territorios jerarquizados y estructurados social, económica e ideológicamente, a partir de grandes poblados, como La Pijotilla (Badajoz) o Huerta de Dios (Llerena), entre otros. Por el contrario, J. J. Enríquez Navascués (1990) entiende el mismo panorama poblacional como el resultado de las estrategias complementarias de supervivencia e intercambio desarrolladas por unos grupos plenamente consolidados e identificados con determinados espacios. Pero, a pesar de sus diferentes apreciaciones, ambos autores coinciden en señalar que las comunidades calcolíticas del Guadiana Medio protagonizaron una etapa expansiva, caracterizada por su plena integración en las redes de intercambio e interacción del Suroeste peninsular.

Las evidencias poblacionales del Calcolítico Pleno en la comarca de Tentudía tienen su mejor ejemplo, por el momento, en el poblado de Los Castillejos-1 de Fuente de Cantos (Fig. 2). Excavado por vez primera a comienzos de los años ochenta y situado a escasamente 400 m. del castro prerromano de Los Castillejos-2, este asentamiento se corresponde con un poblado estratégico (575 m. s.n.m.), fortificado por al menos un recinto amurallado, que en el tramo excavado reportó un discreto bastión macizo de planta semicircular. El abundante registro material y faunístico recuperado sitúa en pleno III milenio a. C. este enclave dominante del valle del Bodión, afluente del Ardila. En la producción cerámica, mención especial merecen los platos de borde engrosado, porcentualmente dominantes respecto al resto de los recipientes, y los llamados “morillos” decorados con motivos espigados incisos o digitados. Hachas y azuelas pulimentadas; puntas de flecha, lascas y láminas de diversa morfología, talladas sobre cuarzo y sílex, conforman la base de la industria lítica. Completan el registro mueble varios punzones óseos, con algún caso decorado (Fernández Corrales y otros, 1988). Por su parte, en el registro faunístico, destaca la presencia de équidos en posible proceso de domesticación (Castaños Ugarte, 1994).

En cuanto al mundo funerario y simbólico de este período, la información más expresiva nos sitúa en la vecina comarca de Jerez de los Caballeros, donde se encuentra el conocido tholos de La Granja de Toniñuelo (Carrasco Martín, 1991). Asociado a un posible asentamiento fortificado situado en la cercana cima de El Cañuelo, este sepulcro jerezano, excavado por vez primera en el siglo XIX, se corresponde tipológicamente con una tumba colectiva de corredor, cuya cámara fue cubierta por una falsa bóveda obtenida mediante el sistema aproximación de hiladas de piedra. La base de la cámara se compone de trece ortostatos, que definen un espacio pseudocircular con un diámetro oscilante entre 3.80-3.50 m. Tres de los ortostatos muestran algunos grabados esquemáticos (serpentiformes, círculos, motivos radiales...), característicos del llamado “arte megalítico” (Bueno y Balbín, 1998). El corredor, de cubierta adintelada y una altura máxima de 1.42 m. en la puerta de acceso a la cámara, tiene una orientación Este Oeste y la longitud máxima documentada es de 25 m., aunque no se descarta que fuera superior. Todo el conjunto fue cubierto por un gran túmulo de tierra y piedras, de sólida construcción, que originariamente pudo superar los 60 m. de diámetro en su base y los 7 m. de altura, quedando la cámara situada en el centro de la estructura tumular. De sus inmediaciones parece proceder la conocida “estela-anthropoforma”, conservada en el Museo Arqueológico Nacional (MAN), que desde entonces se viene relacionando con el sepulcro eneolítico. El tholos de La Granja del Toniñuelo responde a un modelo constructivo ampliamente constatado durante el Calcolítico peninsular y, por supuesto, en el Guadiana Medio, donde son de destacar los hallazgos de Olivenza, La Pijotilla y La Pestana (Badajoz), Huerta Montero (Almendralejo), Magacela y Azuaga. En estrecha relación con el ámbito funerario, se valora la gran diversidad de ídolos repartidos por toda la Cuenca Media del Guadiana, con especial concentración en el gran poblado de La Pijotilla. Pero, entre todos ellos, obligado es destacar los denominados “oculados”, cuyo perfil espatuliforme y ciertas singularidades iconográficas de sus rasgos faciales se interpretan como la particular forma de representar en esta zona a la “diosa de la muerte” de tradición megalítica, respecto a otros ámbitos del Suroeste peninsular (Hurtado Pérez, 1978).

En términos económicos, este horizonte pleno calcolítico se identifica con la definitiva consolidación de las prácticas agropecuarias y metalúrgicas (cobre). Desde el punto de vista organizativo, se vincula con grupos clánicos, herederos de los cultos y creencias megalíticas, pero ya inmersos en un proceso de jerarquización que alcanzará su máxima expresión en la fase Campaniforme (c. 2100-1800 a. C.). Momento éste que parece marcar la quiebra de las referidas estructuras colectivas en favor de las primeras jefaturas. Quizá los elementos que mejor sinteticen dichas transformaciones sociales sean los llamados “ídolos antropomorfos”, que tiene en el ejemplar aún inédito de Llerena (descubierto por J. Iñesta) la referencia más próxima al espacio en que nos encontramos. Semejante a otros del sur peninsular como los de Valencina de la Concepción (Sevilla) o Marroquíes Altos (Jaén), el ídolo de Llerena, junto a los de Rena o La Pijotilla, se muestra como una imagen intencionadamente naturalista de la emergente concepción del poder concretada en la figura del jefe.

3. Edad del bronce (c. 1800-1000 a. C.)

En función del limitado registro disponible en la actualidad sobre el II milenio a. C, puede decirse que ésta es una “etapa de penumbra” de la prehistoria comarcal y, en general, de la prehistoria regional. No se conocen apenas poblados de estos siglos y la mejor referencia sigue siendo, hoy por hoy, el Cerro del Castillo de Alange, en pleno Valle del Guadiana (Fig. 3). Excavado inicialmente por J. A. Calero y estudiado después por I. Pavón en diversos trabajos, Alange ofrece una dilatada secuencia ocupacional articulada en diversas etapas arqueológicas, reconocidas como Epicalcolítico, Bronce Pleno, Bronce Tardío y Bronce Final (Pavón Soldevila, 1994, 1995 y 1998a). A lo largo de ellas puede apreciarse la evolución tecnocultural y paleoeconómica de una comunidad arraigada en el substrato calcolítico, que de forma progresiva –pero irreversible– queda integrada plenamente en el llamado “Bronce del Suroeste”. El esplendor de esta nueva etapa se sitúa en los siglos centrales del milenio y los aspectos que mejor la definen son, entre otros, la intensificación de las actividades agropecuarias, una metalurgia en fase de experimentación permanente, un renovado impulso en las relaciones interregionales y, en particular, el surgimiento de un nuevo orden social. De la naturaleza e importancia alcanzadas por la agricultura y ganadería en Alange durante el Bronce Pleno dan buena cuenta los resultados de los estudios paleoambientales y económicos realizados a partir de las estratigrafías obtenidas. Éstos pueden resumirse, en términos generales, en una agricultura de secano a base de cereales (trigo duro y cebada) y leguminosas (habas) que posibilitó el desarrollo de un poblamiento continuado a lo largo de casi mil años en este lugar con el consiguiente deterioro de su entorno. Merced a su potencial nitrogenate, habas y leguminosas se relacionan habitualmente con la rotación de cultivos cerealísticos, si bien en Alange resulta difícil demostrarlo. Así mismo, se constata el aprovechamiento generalizado de los recursos secundarios (lana, leche...) de una ganadería representada básicamente por ovejas, cabras, vacas y cerdos. Por su parte, los metales analizados denotan el predominio de cobres arsenicales sobre las aleaciones cobre-estaño, que sólo se generalizarán a partir del final del período. A dicho soporte económico se asocia la alfarería oscura característica del “Bronce del Suroeste”, dominada por los perfiles carenados y el brillo metálico de sus recipientes obtenido mediante el cuidado bruñido de sus superficies. Pero la excepcionalidad de Alange se mantiene, en buena parte, por la falta de investigaciones sistemáticas sobre esta etapa, tanto en el Guadiana como en sus áreas limítrofes. De hecho, en la cercana Sierra de Huelva, proyectos de investigación recientes evidencian la existencia de núcleos poblaciones y necrópolis de este período, entre los que sobresalen El Trastejón, La Papúa o La Travesía (García Sanjuán, 1998).

Los hábitos funerarios de la Edad del Bronce son mejor conocidos que los poblados, si bien no siempre la información ha sido recuperada en las mejores condiciones. Los sepulcros de esta fase se corresponden con los denominados “enterramientos en cistas”, que son pequeñas fosas excavadas en el suelo, revestidas con cuatro lajas hincadas de piedra y una quinta que hace las veces de tapa. Dichas estructuras suelen acoger a un único individuo en posición flexionada y apoyado sobre uno de sus costados, aunque no faltan ejemplos de inhumaciones dobles e incluso triples. Según los casos, las tumbas se orientan N-S o E-W y forman agrupaciones de diverso número en un mismo espacio funerario o necrópolis. La presencia de objetos de ajuar no siempre se constata. Cuando existen, se

reducen a algún elemento de uso personal, piezas cerámicas o líticas y, más excepcionalmente, objetos de metal (puñalitos, punzones...). A pesar de la extensa representación de necrópolis de cistas en el Guadiana Medio, la comarca de Tentudía sigue siendo, por el momento, un vacío en dicha cartografía de hallazgos. Los ejemplos más próximos nos llevan de nuevo a las comarcas vecinas de Jerez de los Caballeros, donde recientemente ha sido excavado el conjunto funerario de Las Arquetas (Enríquez Navascués y Carrasco Martín, 1995); Tierra de Barros, con sitios tan notorios como Las Palomas (Villafranca de los Barros) (Gil-Mascarell y otros, 1986) y Las Minitas (Almendralejo) (Pavón Soldevila y otros, 1993); y Llerena-Azuaga, con los conocidos descubrimientos de Las Mayas (Usagre) (Carmona Pérez y otros, 1976) y diversos hallazgos inéditos en la campiña de Llerena registrados por J. Iñesta.

En su conjunto, el registro material del Bronce Pleno en el Guadiana Medio se viene relacionando en términos organizativos con llamadas “sociedades de jefatura”, identificadas con estructuras jerarquizadas basadas en el parentesco y en el liderazgo hereditario del “jefe”, con funciones de acumulación-redistribución de excedentes y quizá también religiosas. Entre los hallazgos arqueológicos que mejor expresan este nuevo orden social, sobresale –entre otros– la espada de bronce con empuñadura recubierta con lámina de oro procedente de Alange (Pavón Soldevila, 1998a). A nivel económico –como hemos señalado anteriormente– se atisban signos de auténtica madurez y especialización en la gestión de los recursos agroganaderos y minero-metalúrgicos. El colapso final de este “Bronce del Guadiana”, entre 1250-1200 a. C., no parece ser ajeno a la crisis de los grandes focos culturales del Bronce peninsular y, por extensión, de los acontecimientos que convulsionan por estas mismas fechas las culturas mediterráneas y próximo-orientales. En Alange, tal situación viene marcada por una etapa de contactos con el mundo meseteño de “Cogotas I”, que constituye un simple paréntesis hasta la llegada de los influjos atlántico-mediterráneos. No obstante, para un buen número de investigadores, el grado de complejidad organizativa y de desarrollo tecnocultural y comercial alcanzados durante la plena Edad del Bronce son elementos suficientes para, una vez superada la “edad oscura” del fin de milenio, argumentar en términos de continuidad el comienzo de los “tiempos protohistóricos”, a partir de los cuales la Península Ibérica quedará definitivamente incorporada a los circuitos comerciales atlántico-mediterráneos y europeos. Un panorama en el que surgirá y consolidará uno de los principales referentes geopolíticos del Mediterráneo Occidental que más influirá en el proceso histórico de nuestra región: Tartessos.

4. El bronce final y el periodo orientalizante (c. 1000-550 a. C.)

A pesar de las limitaciones de información que aún padece, ésta es una etapa ciertamente trascendental para la Cuenca Media del Guadiana, por cuanto el área extremeña se define como un verdadero espacio organizado y plenamente integrado en las relaciones interregionales que dinamizan el Suroeste peninsular. Dicho de forma más explícita, el

actual territorio extremeño se consolida desde fechas tempranas como “periferia tartésica”, entendida no como un ámbito marginal y retardatario, sino como un área estructurada internamente y verdadera reserva tartésica de determinadas materias primas y recursos especialmente demandados por los agentes comerciales atlánticos y orientales. En concreto, el protagonismo extremeño en dicho panorama parece fundamentarse en las relaciones de complementariedad interna que desde muy pronto se establecen entre los territorios del Tajo (con una vocación eminentemente ganadera y con abundantes recursos metalogénicos: estaño, oro, cobre y plata) y Guadiana (de perfil más agrario y con un marcado componente cultural meridional) y que, a nuestro juicio, constituyen la premisa esencial sobre la que nuestra región se reintegra al proceso histórico del Suroeste (Rodríguez Díaz y Enríquez Navascués, 2001).

El conocimiento de esta etapa se ha basado tradicionalmente en el estudio tipológico y tecnológico de las joyas, los bronceos y las estelas (Almagro Gorbea, 1977; Perea, 1991; Galán Domingo, 1993; Celestino Pérez, 2001a), siendo la gran asignatura pendiente hasta hace poco tiempo el poblamiento (Pavón Soldevila, 1998b). En la comarca de Tentudía e inmediatas, la información de este horizonte nos sitúa ante las estelas de Fuente de Cantos y Capote (Higuera la Real), los conjuntos áureos de Bodonal de la Sierra y Azuaga y, por último, la ocupación inicial de la Sierra la Martela, en Segura de León (Figs. 4 y 5). Como es conocido, la estela de Fuente de Cantos fue encontrada casualmente en 1965 en la finca de El Risco, estando en la actualidad depositada en los almacenes del MAN. Con sus 2.31 m. de longitud y 0.71 m. de anchura, es la estela de mayor tamaño documentada hasta ahora. Se trata de una pieza realizada en granito con gran riqueza decorativa, en la que destaca el protagonismo del guerrero –tocado con casco de cuernos– respecto a los restantes elementos: escudo, lanza, espada, carro, espejo, peine, fíbula y puntos. Por su parte, la estela de Capote fue encontrada reutilizada como dintel de una zahúrda en un paraje en el que su descubridor no descartó, en un principio, “la existencia de una necrópolis de incineración fechable a mediados del Ier. milenio a. C.” (Berrocal Rangel, 1987). Se trata de una losa de forma subrectangular en cuyo anverso se aprecian diversos motivos grabados característicos del Bronce Final –un antropomorfo y dos posibles instrumentos de cuerda–, junto a una inscripción posterior del Suroeste, que se entiende como una reutilización del monumento original, convirtiéndolo en un auténtico marcador de prestigio de las elites indígenas a raíz del contacto orientalizante (Correia, 1996). Las opiniones diversas sobre la cronología, filiación y funcionalidad de las estelas del Bronce Final aún mantienen vivo el debate acerca de su origen indoeuropeo, atlántico, mediterráneo o autóctono, así como sobre su relación con las costumbres funerarias o con una particular forma de señalización del paisaje vigente entre los siglos XI-VIII a. C. Más coincidencia se advierte, en cambio, al valorar su significación sociocultural, al entenderlas como una expresiva alusión a las jefaturas rectoras de una sociedad compleja, plenamente integrada en los circuitos atlántico-mediterráneos del metal. No en balde ha habido quienes han conceptualizado la entidad y el alcance de dichas redes comerciales con la gráfica expresión de “Mercado Común del Bronce” (Coffyn y Sion, 1993). Un marco, además, en el que cobran también un sentido especial los hallazgos metálicos y la joyería de este período.

Como dijimos anteriormente y dejando aparte el hallazgo más tardío de Azuaga, en la comarca de Tentudía la mejor expresión de todo ello se encuentra resumida en el tesoro de Bodonal de la Sierra. Encontrado hace ya bastantes años, el conjunto apareció oculto en una vasija de barro en la finca Los Llanos, a unos 2 Km. al norte de Bodonal de la Sierra. Las diecinueve piezas recuperadas del interior de dicha vasija tenían un peso total de 1.556 gr. y, en su mayoría, se corresponden con torques y brazaletes deformados o fragmentados, posiblemente destinados a la refundición. De hecho, el hallazgo se relaciona con el depósito de un orfebre, fechado entre los siglos XII-X a. C. El tesoro de Bodonal de la Sierra se paraleliza con prototipos irlandeses y se considera uno de los testimonios más arcaicos de una joyería de fuertes resonancias atlánticas, que alcanzaría su máxima expresión en la posterior orfebrería “Sagrajas-Berzocana”. Reflejo de dotes o alianzas entre grupos de poder, dichos hallazgos parecen subrayar en cualquier caso el destacado papel jugado por la mujer en la estructura social de este período, como parecen reflejar también las “estelas diademas”. A todo ello habría que añadir la posible relación de ciertas piezas áureas de reducido tamaño, como las tobilleras de Mérida y Olivar del Melcón (Badajoz), con enterramientos infantiles que, a su vez, podrían constituir la más sólida expresión del carácter hereditario –y, por tanto, no adquirido– del rango en la sociedad compleja del Bronce Final (Enríquez Navascués, 1995).

Finalmente, señalar que cada vez son más numerosos los testimonios poblacionales asociados a esta etapa, en contra de lo que algunos autores han planteado recientemente sobre el carácter itinerante e intermitente del poblamiento de este espacio. Sin descartar la existencia de ocupaciones en el llano detectadas en las márgenes del Guadiana y en otras comarcas badajocenses cercanas a Tentudía, los hábitats del Bronce Final mejor conocidos por el momento en la Cuenca Media del Guadiana suelen localizarse en destacadas elevaciones de amplio dominio visual y, a la vez, fácilmente identificables desde los llanos inmediatos. A dicho modelo responden las ocupaciones de Badajoz, Lobón, Alange, Medellín, Peñón del Pez..., en cuyas inmediaciones se encuentran pequeños núcleos de ambiente rural. Al margen de los detectados en superficie en el valle del Ardila en los últimos años, en Tentudía el lugar que mejor ilustra los restos ocupacionales de este período es la Sierra de la Martela (Segura de León): una destacada elevación de 800 m. de altitud, excavada a mediados de los ochenta con motivo del hallazgo de un tesorillo prerromano que su descubridor, F. Girol Montero, situó en este lugar. Los sondeos realizados revelaron que, mucho antes de la ocupación prerromana con la que se relacionaron las piezas áureas, este enclave estuvo ocupado por gentes que habitó en cabañas de planta oval semisubterráneas y excavó en la roca silos circulares para el almacenaje de sus excedentes cultivados o recolectados. El material más definido tipológicamente asociado a dichas subestructuras se corresponde con cazuelas carenadas y vasos toscos de tipología tartésica, fechados entre los siglos VIII-VII a. C. (Enríquez Navascués y Rodríguez Díaz, 1988).

En síntesis, puede concluirse recordando que el Bronce Final es un período regentado por “jefaturas complejas”, cuyo poder parece fundamentarse en principios de jerarquización territorial, social y herencia cada vez más acusados y visibles a través del registro arqueológico, así como en un sistema de alianzas en los que el papel de la mujer

parece esencial, según se infiere de las estelas diademadas y de la orfebrería. El trasfondo económico de todo ello es el comercio de metales y materias primas anteriormente aludido, que aunque inicialmente dominado por el mundo atlántico muy pronto quedaría integrado en las redes comerciales fenicias. En este sentido, es bien conocido que a partir del siglo VIII a. C., según el registro arqueológico y algo antes según los textos, los fenicios establecen una sólida trama colonial en toda la costa meridional peninsular con epicentro en Cádiz. Tal circunstancia junto al alto grado de complejidad alcanzado por los grupos autóctonos serán los principales factores responsables del proceso de aceleración socioeconómica y cultural que la historiografía reconoce como Período Orientalizante (650-550 a. C.) y cuyas repercusiones se harán notar tanto en el núcleo tartésico como en sus periferias.

Dichas premisas hacen fácilmente comprensible el hecho de que los territorios integrados en la Cuenca Media del Guadiana participen de los beneficios y consecuencias de esta etapa marcada por la intensificación de relaciones con Tartessos, volcado a su vez al comercio mediterráneo. Desde el punto de vista arqueológico, el poblado y necrópolis de Medellín –excavado por Almagro Gorbea (1977; Almagro Gorbea y Martín Bravo, 1994) en los años setenta y noventa del siglo XX– sigue siendo hoy por hoy la principal referencia de este período, si bien descubrimientos recientes como el extenso poblado de El Palomar (Oliva de Mérida) preludian importantes avances en el conocimiento del proceso urbanizador de este espacio (Jiménez Ávila y Ortega Blanco, 2001). De nuevo, bronce y joyas reflejan el enriquecimiento y la capacidad de atesorar objetos de prestigio de unas élites muy influidas por los gustos y estilos orientales. En este sentido precisamente es en el que también hay que entender y valorar la asunción de determinados rituales y creencias que, en su conjunto, las han hecho acreedoras del calificativo de “principescas”. Además, su carácter sacro y dinástico definitivamente marcan un mayor grado de complejidad organizativa respecto al Bronce Final. En el plano económico y tecnocultural, son de referencia obligada la expansión del policultivo mediterráneo (vid, olivo y cereales) – estrechamente ligada a los proyectos de colonización interna promovidos desde los núcleos preurbanos emergentes u oppida y sustentados en unas relaciones de producción de tinte clientelar–, la generalización progresiva de la cerámica torneada, la metalurgia del hierro o el uso de la escritura –recordemos el epígrafe de la estela de Capote– que estimulan el surgimiento de una clase artesanal diversificada y a tiempo completo al servicio del poder. Desde el punto de vista funerario, la cremación de los cadáveres y la deposición de los restos en urnas u hoyos parecen ser la base de unos ritos que, a lo largo del período, se generalizarán entre las poblaciones preurbanas y rurales de esta zona, como acreditan el ya comentado caso de Medellín y las pequeñas necrópolis documentadas en el Guadiana Medio: Los Tercios, Gargáligas, Aljucén, Sierra de Alor, Usagre...

Los restos materiales aportados por la comarca de Tentudía al conocimiento de este período son escasos, aunque en sus inmediaciones los hay excepcionales como el Guerrero de Medina de las Torres y el timaterio de Villagarcía de la Torre, fechados hacia el siglo VI a. C. (Fig. 6). Ambos bronce ilustran, a pesar de ser hallazgos descontextualizados, la profunda orientalización ideológica alcanzada por estas élites periféricas de Tartessos. El llamado Guerrero de Medina de las Torres es una figura de bronce maciza, de 34 cm. de altura, conservada en el Museo Británico. Su iconografía es comparable con la de otras piezas recuperadas en la Cuenca Media del Guadiana, como

los bronce de Entrerríos, el Guerrero de Mérida y la figura de Zeus pintada por Eucheiros en la célebre kylix de Medellín. Todas ellas, junto a otras encontradas en el sur peninsular, ilustran la amplia difusión y reinterpretación de las creencias semíticas del dios guerrero que “lanza rayos” o la “doble hacha”, ampliamente difundidas por todo el Mediterráneo (Almagro Gorbea, 1977). Por su parte, el timario de Villagarcía de la Torre es una magnífica pieza de bronce ternario encontrada, al parecer, junto a una inhumación contenida en una tumba formada por lajas de piedra. Se compone de varias partes fundidas a la cera perdida: un pie cilíndrico y hueco que descansa sobre tres garras de felino, un fuste articulado decorado y un capitel con tres cariátides –que constituyen el elemento más novedoso de este ejemplar– vestidas con larga túnica y con una flor en las manos. Del tocado vegetal de las citadas figuras salen tres pivotes en los que se inserta la cazoleta propiamente dicha del quemaperfumes, también decorada (De la Bandera y Ferrer, 1994). Aunque relacionado por sus editoras con posibles grupos de población oriental asentados en poblados del interior extremeño, parece más coherente con el registro orientalizador del Guadiana Medio relacionar este hallazgo con los rituales funerarios adoptados por las elites indígenas, en los que el fuego y la quema de sustancias aromáticas en honor del difunto debieron contribuir a su purificación y a la creación de atmósferas especiales al más puro estilo oriental.

Hacia finales del siglo VI a. C., se sitúa la confluencia de una serie de factores internos y externos que acabarían provocando el ocaso de Tartessos y, por extensión, el de sus periferias. La caída de Tiro, la batalla de Alalia, la consecuente crisis de los circuitos comerciales, las limitaciones técnicas de los propios trabajos de extracción del mineral, el deterioro de las relaciones entre tartesios y fenicios... son algunos de los acontecimientos destacados que, de forma combinada, intervinieron en la desaparición de unas de las culturas mediterráneas más renombradas y, en consecuencia, en la desarticulación de sus áreas satélites. Tal panorama provocó, a su vez, rápidas respuestas de orden socioeconómico y cultural tanto en el seno tartésico como en sus esferas de interacción que, en el plano arqueológico, se concretarán en la definición de personalizados ámbitos culturales: el mundo turdetano en el Bajo Guadalquivir, la cultura ibérica en Andalucía Oriental y los grupos post-orientalistas en el Guadiana Medio.

5. El período post-orientalizador (c. 550-400 a. C.)

Hasta hace poco considerado como un tramo temporal a medio camino entre el Orientalizador Pleno y la Segunda Edad del Hierro y arqueológicamente monopolizado por el Palacio-Santuario de Cancho Roano (Zalamea de la Serena) (Maluquer de Motes, 1981; Celestino Pérez, 2001b), este período se está revelando en los últimos años como uno de los momentos que mayor singularidad confiere a la protohistoria de la Cuenca Media del Guadiana. Un ciclo corto en el tiempo, pero especialmente intenso desde el punto de vista histórico, acotado en su comienzo y su final por dos momentos críticos: la ya referida crisis tartésica y la del 400 a. C., que valoraremos más adelante. En suma, un verdadero período “entre crisis” que –a juzgar por los descubrimientos de los últimos años– parece estar caracterizado por un proceso de segmentación del poder orientalizador, que provocó a un tiempo el surgimiento de pujantes “aristocracias rurales” y la

desaceleración del proceso urbanizador iniciado con el Orientalizante. El ámbito en que preferentemente se está desarrollando el estudio de esta etapa se corresponde con las actuales comarcas de La Serena y Vegas Altas, donde –aparte del citado ejemplo de Cancho Roano– el descubrimiento de nuevos edificios semejantes como el de La Mata de Campanario y el estudio territorial que del mismo se está llevando a cabo anuncian resultados prometedores a corto-medio plazo (Fig. 7) (Rodríguez Díaz y Ortiz Romero, 1998). Trascendiendo el debate sobre el carácter sacro o palacial en torno al que ha girado la investigación de Cancho Roano durante largo tiempo, este lugar junto al de La Mata de Campanario parecen corresponderse con verdaderas “residencias aristocráticas” de carácter rural –y, por ende, auténticas “células de poder” sobre la tierra–, que forman parte de un particular modelo agrario, surgido en el “espacio periférico” del Guadiana Medio como respuesta al fin de Tartessos. Con bastante probabilidad, dicho modelo debió estar sustentado en principios ideológicos de raíces orientalizantes y en unas relaciones de producción de carácter clientelar o servidumbre y, por tanto, marcadamente asimétricas entre quienes poseían la tierra y quienes las trabajaban. Pero no debe olvidarse que estas “aristocracias terratenientes” compartieron territorio con los poblados que, como Medellín o la Alcazaba de Badajoz, se encontraban inmersos en procesos de urbanización desde el Orientalizante. En suma, el poblamiento de la Cuenca Media del Guadiana durante el siglo V a. C., a pesar del limitado conocimiento que de él se tiene todavía, parece desenvolverse en la encrucijada del proceso urbanizador orientalizante y el pujante mundo rural representado en puntos como Cancho Roano o La Mata, entre otros. Dicha dialéctica entre “mundo rural” y “mundo urbano” confiere un sello de gran personalidad a esta zona respecto a los antiguos territorios tartésicos, en los que los procesos de urbanización parecen consolidarse sin grandes traumas. Así se constata en el Bajo Guadalquivir y Huelva, donde los antiguos enclaves tartésicos se transformaron en verdaderos núcleos de la producción y del comercio de esta fase. Por su parte, en el Alto Guadalquivir, ámbito nuclear de la cultura ibérica, el oppidum se configurará en la sede por excelencia del poder aristocrático de los régulos y de las relaciones de producción que tienen como base la explotación agraria de sus entornos. En cambio, el modelo del Guadiana Medio, sustentado en una atomizada estructura poblacional y de poder y, además, condicionado por sus propias contradicciones internas y la presión de los expansivos pueblos meseteños, sucumbió de forma traumática hacia el 400 a. C. Así al menos valoramos los incendios y destrucciones de Cancho Roano, La Mata y la ya amplia serie de posibles edificios similares documentados en esta zona. Por el momento, la comarca de Tentudía se encuentra al margen de los proyectos investigadores en marcha sobre esta etapa, si bien en espacios lindantes como las campiñas de Azuaga-Llerena y, más al Sur, Los Pedroches (Córdoba) son conocidos enclaves y hallazgos post-orientalizantes de incuestionable interés para la investigación futura. También al siglo V a. C. pertenece el célebre poblado de El Castañuelo, en la serranía onubense, cuyo carácter céltico ha sido fuertemente cuestionado por diversos autores. Sea como fuere, lo cierto es que cada vez con mayores pruebas y evidencias arqueológicas, el 400 a. C. se consolida como un período crítico y de profundas transformaciones poblacionales, socioeconómicas y etnoculturales que, en su conjunto, hacen más comprensible el panorama posterior de la Segunda Edad del Hierro (Rodríguez Díaz, 1994).

6. La segunda edad del hierro y el contacto con el mundo romano (c. 400-150 a. C.)

Toda la mitad sur de la actual provincia de Badajoz, incluida la comarca de Tentudía, se encuentra densamente ocupada entre los siglos IV y II a. C. El marco geográfico concreto en que dicho poblamiento se concentra mayoritariamente es, por un lado, el de la cuenca del Ardila, considerada en los últimos como uno de los ejes vertebradores de la “Beturia Céltica” (Berrocal Rangel, 1992); y, por otro, el de las cuencas del Zújar y Machel, ámbito de la “Beturia de los túrdulos”. En su conjunto, puede decirse que este espacio ha sido uno de los territorios históricos que mayor atención ha suscitado en los últimos años (Velázquez Jiménez y Enríquez Navascués, 1995). Situada entre el Guadiana y Sierra Morena, la Beturia fue reconocida y descrita en época imperial romana por Plinio el Viejo (III, 13-15) como un espacio singular compartido por célticos y túrdulos, con importantes ciudades adscritas administrativamente a la Bética. Pero, antes de que tal panorama se perfilase bajo la dominación romana, en la Beturia se encuentran lugares que ilustran muy bien las formas de vida de estas etnias indígenas durante los siglos previos. En concreto, en el sector céltico de la Beturia del sur badajocense, pueden citarse, entre otros, sitios como El Castrejón de Capote (Higuera la Real), La Martela (Segura de León) y, algo más al Este, Los Castillejos-2 (Fuente de Cantos) y La Ermita de Belén (Zafra). En territorio túrdulo, parecen inscribirse ya los poblados del Cerro del Castillo (Bienvenida) y Las Dehesillas (Higuera de Llerena) (Rodríguez Díaz e Iñesta Mena, 1985). Aunque con variaciones entre sí, dichos enclaves reúnen las características topográficas y constructivas que, en líneas generales, definen un “castro”: lugares fortificados, entornos muy favorables para la ganadería y las actividades minero-metalúrgicas, cercanía de cursos de agua de caudal estable y dominio visual suficiente sobre ciertas áreas o pasos de particular interés geoestratégico.

Los castros mejor conocidos son los del sector céltico: Capote, La Martela, Los Castillejos-2 y Belén, todos ellos excavados o sondeados en la década de los ochenta del siglo XX. Por lo conocido hasta ahora, estos castros betúricos ofrecen secuencias ocupacionales comprendidas entre los siglos IV y I a. C., si bien algunos de ellos perduran hasta el siglo I de la Era. Salvo excepciones, los lugares sobre los que se asientan no coinciden con poblados post-orientalizantes, aunque no es extraño que existan ocupaciones anteriores (Calcolítico o Bronce Final). Su configuración constructiva se conoce de forma desigual, por cuanto la mayor parte de las actuaciones realizadas durante los ochenta tuvieron un carácter stratigráfico. En cualquier caso, puede decirse que se trata de núcleos con extensiones comprendidas entre 1 y 3 Ha., fortificados con una o dos líneas de murallas, foso e incluso algún tramo de piedras hincadas. El caso mejor conocido es, sin duda, el de Capote (Berrocal Rangel, 1992), cuyo imponente sistema defensivo y la compleja fortificación de su entrada principal denotan –según su excavador– influjos helenísticos, quizá previos a la conquista romana. La excavación en extensión del castro ha permitido, además, conocer que Capote se organizó a partir de calles y callejones definidos por viviendas de planta angular, cuyo interior se estructuró en uno o dos ambientes de carácter polifuncional: uno exterior y más próximo a la entrada que, por sus mayores proporciones, acogió tareas diversas (molienda, hilado, preparación de alimentos, descanso...), y otro

interior, más reducido, probablemente destinado a almacén o despensa. En Los Castillejos-2 de Fuente de Cantos (Rodríguez Díaz, 1987), a pesar del carácter estratigráfico de la intervención, pudieron conocerse algunos aspectos parciales de sus defensas y su caserío interior. La fortificación de este castro se fundamenta en un gran recinto pentagonal bastante regular que, en los tramos sondeados en los años ochenta, se reveló como un potente muro macizo realizado con grandes bolos de piedra unidos a seco, en el que aún se apreciaban las huellas de los andamiajes utilizados en su construcción. En algún punto de su trazado y acumulado contra su cara externa, se detectó un gran terraplén de pizarra machacada que hace viable la existencia de un foso. Sin embargo, la estructura de dicho muro defensivo no es uniforme en todo su perímetro, por cuanto en algún sector del mismo parece mostrar una configuración de “casernas” o “casamatas”; es decir, una muralla definida por un doble paramento, cuyo espacio interior se compartimenta por muros transversales distribuidos con cierta regularidad (Fig. 8). Como en Capote, las viviendas son de planta rectangular y las construcciones domésticas registradas se corresponden esencialmente con bancos, poyetes, hogares de diversa tipología, acañamientos de postes para el sostén de las cubiertas vegetales, pequeños hornos paneros, basureros exteriores, etc.

Entre las actividades económicas mejor documentadas en estos castros del suroeste de la provincia de Badajoz están la agricultura, la ganadería y, sobre todo, la metalurgia del hierro. La agricultura debió desarrollarse en las márgenes y valles de los principales cursos de la cuenca del Ardila, si bien su naturaleza se conoce parcialmente. Cereales, vides y olivos, no obstante, debieron constituir la base de la alimentación de estas gentes, sin olvidar la importancia que en su dieta debió tener la bellota. En este sentido, baste recordar testimonios como el de Plinio (XVI, 15) al señalar que “la bellota constituye una riqueza para muchos pueblos hasta en tiempos de paz. Habiendo escasez de cereales se secan bellotas, se las monda y se amasa harina en forma de pan. Actualmente, incluso en las Hispanias, la bellota figura entre los postres. Tostada entre cenizas es más dulce (...) Los pobres en Hispania cubren una mitad de sus tributos con este producto”. En términos muy semejantes se manifestó Estrabón (III, 3, 7) al referirse a los lusitanos habitantes de las montañas, de quienes afirmó que “en las tres cuartas partes del año no se nutren sino de bellotas, que, secas y trituradas, se muelen para hacer pan, el cual puede guardarse durante mucho tiempo” (García y Bellido, 1945 y 1947). La obtención de harinas, fuera de bellotas o de cereal, se hizo ya con molinos rotatorios, menos exigentes en cuanto al esfuerzo y más rentables a nivel productivo que los de vaivén de los siglos previos. Por su parte, la ganadería –en contraposición también a etapas anteriores– denota un alta representación de los ovicrapinos respecto a bóvidos y cerdos, a los que se suma el aporte proteínico de la fauna cazada: ciervo, libre, jabalí... (Castaños Ugarte, 1998). Finalmente, la importancia alcanzada por la metalurgia del hierro queda patente en las numerosas evidencias de hornos, escorias y objetos recuperados. Tipológicamente los hornos se agrupan en dos categorías: los de hoyo y los de base de adobes. En Capote, en función del análisis de cinco escorias, se habla incluso de dos tecnologías distintas en la obtención del hierro: hornos con y sin sangrado de escoria (Gómez Ramos, 1996: 680, 689). Por su parte, el amplio de repertorio de armas y herramientas documentado evidencia a las claras la generalización de una metalurgia basada con toda probabilidad –en contra de quienes, con criterios actuales de rentabilidad, cuestionan su beneficio en función de su baja calidad– en la explotación sistemática de los numerosos yacimientos que conforman la banda férrea

del suroeste badajocense (Florido Laraña, 1987). Sin pretender forzar conclusiones que aún dependen de la valoración arqueomínica y paleometalúrgica de esta zona, uno de los ejemplos más expresivos y próximo en este sentido lo ofrece el castro de Fuente de Cantos, localizado en el centro de un entorno minero especialmente rico en galenas (minas Aguilar y Nogalito), hierro y cobre (minas Hinchona y El Risco). Sea como fuere, todo ello conforma la base de un modelo económico muy personalizado y con notables divergencias respecto al Post-orientalizante, sustentado en una estructura sociocultural e ideológica gestionada por elites “guerrero-pastoriles” de raigambre alentejano-meseteña.

A falta de un registro funerario por descubrir, los mejores reflejos de dichas elites y de la religiosidad de estos célticos de la Beturia se encuentran en el tesorillo de Segura de León y el llamado “Altar” de Capote, respectivamente. El conjunto áureo de Segura de León se compone de tres placas y un colgante en forma de bellota, cuya procedencia de La Martela no es plenamente segura (Enríquez y Rodríguez Díaz, 1985 y 1988). Las dimensiones de las placas oscilan entre los 5-5.40 cm. de base y los 3.80-3.20 cm. de altura; el colgante mide 2.20 cm., siendo el peso total del conjunto de 24.93 gr. Aparte de su forma, las placas muestran un esquema compositivo muy similar. En su parte superior y bajo un engarce de tradición orientalizante, se advierten dos series superpuestas de triángulos de granulado alterno asociados a trenzados de filigrana, separados por una roseta o lazo repujado y enmarcado en granulado. En la zona central, se desarrolla una iconografía culturalmente diversa, consistente en cabezas antropomorfas y protomos zoomorfos, repujados y remarcados por granulado interior, junto a celdillas o cabujones para engastar piedras preciosas. Por último, la parte inferior de las placas la ocupan esferas y círculos repujados igualmente rodeados de granulado. Todo el conjunto está delimitado por un cordoncillo que, en la zona inferior, se desarrolla en ondas. Dichas piezas, aunque técnicamente deudoras de la orfebrería orientalizante extremeña (Perea, 1991), presentan una iconografía con evidentes imbricaciones en el mundo céltico-lateniense (Berrocal Rangel, 1989), fiel reflejo y exponente de los procesos interétnicos y culturales que afectan a esta zona durante estos siglos prerromanos (Fig. 9).

Por otro lado, el “Altar o Santuario” de Capote (Berrocal Rangel, 1994) se corresponde con una estancia trapezoidal, parcialmente cubierta, orientada a Poniente y abierta a la “calle central” del castro. Aunque adosada a otros habitáculos de ambiente doméstico, dicha estancia no parece estar integrada en un complejo arquitectónico de mayor entidad. Sus elementos constructivos más significativos son un banco que recorre sus tres lados y una mesa de piedra o altar, que ocupa una posición central y sobre la que se documentaron numerosos restos óseos, cenizas y algunas piezas metálicas. Todo el conjunto apareció completamente amortizado por un enorme volumen de vasijas cerámicas que, según su excavador, fueron utilizadas como verdaderos “servicios rituales” junto a “piezas singulares” en una ceremonia “de la mayor importancia social”. Dicha ceremonia debió estar presidida por un grupo selecto de personas –“no más de veinte”– y debió estar fundamentada en una comida ritual en la que durante varios días debió participar la mayor parte del poblado. De ser así, qué duda cabe que debió constituir uno de los elementos de mayor cohesión e identidad étnica de este grupo. En este sentido y apoyándose en las fuentes (Estrabón, III, 3-7) y en otros testimonios más recientes, L. Berrocal no ha dudado en relacionar esta celebración con un ritual de clara connotación atlántica como es el del

comienzo del Invierno. A juicio de este autor, tratando de profundizar en la esencia céltica de Capote, dicho ritual define este lugar como “un auténtico santuario, aunque el concepto y la imagen del dios no esté implícito”. El “Altar” de Capote se clausuró –según su excavador– con un “acto de desacralización premeditado” llevado a cabo por los propios indígenas, si bien tal circunstancia no parece ser ajena a la destrucción del castro por parte de los romanos. Todo ello se viene situando a mediados del siglo II a. C., y más precisamente hacia el 152 a. C., momento en el que parecen tener lugar en la zona duros enfrentamientos entre los indígenas y los ejércitos romanos. Aunque de todos es conocido que el sometimiento y pacificación de este territorio no tendría lugar hasta el fin de las guerras lusitanas (hacia el 133 a. C.), la suerte de los castros betúricos estaba echada.

Bibliografía

Almagro Gorbea, M. (1977): *El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura. Bibliotheca Praehistorica Hispana, XIV*. Madrid.

Almagro Gorbea, M. y Martín Bravo, A. M. (1994): “Medellín 1991. La ladera norte del Cerro del Castillo”. En Almagro Gorbea, M. y Martín Bravo, A. M (eds.): *Castros y Oppida en Extremadura. Extra 4. Complutum*, pp. 77-142.

Berrocal Rangel, L. (1987): “La losa de Capote (Higuera la Real, Badajoz)”. *Archivo Español de Arqueología*, 60.

–(1989): “Placas áureas de la Edad del Hierro en la Meseta Occidental”. *Trabajos de Prehistoria*, 46, pp. 279–291.

–(1991): “Aproximación al fenómeno menhírico en Extremadura: los menhires de Fregenal de la Sierra”. *XX Congreso Nacional de Arqueología*. Zaragoza, pp. 221-223.

–(1992): *Los pueblos célticos del Suroeste peninsular. Extra 2. Complutum*. Madrid.

–(1994): *El Altar prerromano de Capote. Ensayo etno-arqueológico de un ritual céltico*. Madrid.

Bueno Ramírez, P. (1987): “El Megalitismo en Extremadura. Estado de la cuestión”. *El Megalitismo en la Península Ibérica*. Madrid, pp. 73-84.

–(1988): *Los dólmenes de Valencia de Alcántara. Excavaciones Arqueológicas en España, 155*. Madrid.

Carmona Pérez, E. y otros (1976): “Usagre, informe arqueológico”. *Rev. de Estudios Extremeños*, XXXII, pp. 277 y ss.

Bueno Ramírez, P. y Balbín, R. (1988): “Arte megalítico en sepulcros de falsa cúpula. A propósito del monumento Granja del Toriñuelo (Badajoz)”. *III Congreso Internacional de Arte Megalítico*. La Coruña.

Carrasco Martín, M.J. (1991): “Avance al estudio del sepulcro megalítico de la Granja del Toniñuelo (Jerez de los Caballeros)”. *I Jornadas de Prehistoria y Arqueología en Extremadura (1986-1990)*. *Extremadura Arqueológica II*, pp.132-129.

- Castaños Ugarte, P. M. (1994): "Estudio de la fauna del Cerro I de Los Castillejos (Fuente de Cantos, Badajoz)". *Norba. Revista de Historia*, 14, pp. 11-46.
- (1998): "Evolución de las faunas protohistóricas". En Rodríguez Díaz, A. (coord.): *Extremadura Protohistórica: Paleoambiente, Economía y Poblamiento*. Cáceres, pp. 63-72.
- Celestino Pérez, S. (2001a): *Estelas de guerrero y estelas diademadas. La precolonización y formación del mundo tartésico*. Ed. Bellaterra. Barcelona.
- (2001b): "Los santuarios de Cancho Roano. Del indigenismo al orientalismo arquitectónico". En Ruiz Mata, D. y Celestino Pérez, S. (eds.): *Arquitectura oriental y orientalizante en la Península Ibérica*. Madrid, pp. 17-56.
- Coffyn, A. y Sion, H. (1993): "Les relations atlanto-méditerranéennes. Elements pour une révision chronologique du Bronze final atlantique". *Méditerranée*, 2, pp. 285-293.
- Correia, V. H. (1996): *A Epigrafia da Idade do Ferro do Sudoeste da Península Ibérica*. Porto.
- De la Bandera, M.L. y Ferrer, E. (1994): "El timaterio orientalizante de Villagarcía de la Torre (Badajoz)". *Archivo Español de Arqueología*, 67, pp. 41-58.
- Enríquez Navascués, J. J. (1981-82): "Avance al estudio de los materiales procedentes de Araya, Mérida (Badajoz)". *Pyrenae* 17-18, pp. 191-203
- (1986): "Excavaciones de urgencia en la Cueva de la Charneca, Oliva de Mérida (Badajoz)". *Noticario Arqueológico Hispano*, 28, pp.7-24.
- (1990): *El Calcolítico o Edad del Cobre de la cuenca extremeña del Guadiana: los poblados*. Publicaciones del MAP de Badajoz. Badajoz.
- (1995): "El tesoro de la Edad del Bronce del Olivar del Melcón (Badajoz)". *Homenaje a la Dra. D^a Milagro Gil-Mascarell Boscà. Extremadura Arqueológica*, V. Cáceres-Mérida, pp. 129-136.
- (1996): "Vestigios neolíticos de la Cuenca Media del Guadiana (provincia de Badajoz)". *I Congrès del Neolític a la Península Ibèrica. Gavà-Bellaterra, 1995. Rubricatum I*, pp. 689-696.
- Enríquez Navascués, J.J. y Carrasco Martín, M.J. (1995): "Las necrópolis de cistas de Las Arquetas (Frégenal de la Sierra, Badajoz) y otros restos de necrópolis de cistas en las estribaciones occidentales de la Sierra Morena extremeña". *Spal* 4, pp. 101-129.
- Enríquez Navascués, J. J. y Hurtado Pérez, V. (1986): "Pre y Protohistoria". *Historia de la Baja Extremadura*. Badajoz, pp. 3-85.
- Enríquez Navascués, J.J. y Rodríguez Díaz, A. (1985): *Las piezas de oro de Segura de León y su entorno arqueológico*. Mérida.
- (1988): "Campana de urgencia en la Sierra de la Martela (Segura de León, Badajoz)". *Extremadura Arqueológica*, I, pp. 113-128.
- Fernández Corrales, J. M.; Saucedo, M. I. y Rodríguez Díaz, A. (1988): "Los poblados calcolítico y prerromano de Los Castillejos de Fuente de Cantos (Badajoz)". *Extremadura Arqueológica*, I, pp. 69-88.
- Florido Laraña, P. (1987): *La Minería en Extremadura*. Ed. Junta de Extremadura. Mérida.
- Galán Domingo, E. (1993): *Estelas, paisaje y territorio en el Bronce Final del Suroeste de la Península Ibérica. Extra*, 3. Complutum. Madrid.
- García y Bellido, A. (1945): *España y los españoles hace dos mil años*. Madrid, 1986.
- (1947): *La España del siglo I de nuestra Era (según P. Mela y C. Plinio)*. Madrid, 1978.
- García Sanjuán, L. (ed.) (1998): *La Traviesa. Ritual funerario y jerarquización social en una comunidad de la Edad del Bronce de Sierra Morena Occidental. Spal Monografías*, I. Sevilla-Almadén de la Plata.

- Gil-Mascarell Boscà, M.; Rodríguez, A. y Enríquez, J.J. (1986): "Enterramientos en cista de la Edad del Bronce en la Baja Extremadura." *Saguntum* 20, pp. 9-43.
- Gómez Ramos, P. (1996): *La tecnología de fundición de metales en la Pre y Protohistoria de la Península Ibérica*. Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid. Madrid.
- Hurtado Pérez, V. (1978): "Los ídolos calcolíticos en el Occidente peninsular". *Habis*, 9, pp. 165-196.
- (1995): "Interpretación sobre la dinámica cultural en la Cuenca Media del Guadiana (IV-II milenio a.n.e.)". *Homenaje a la Dra. Milagro Gil-Mascarell Boscà. Extremadura Arqueológica*, V. Cáceres-Mérida, pp. 53-81.
- Jiménez Ávila, F. J. y Ortega Blanco, J. (2001): "El poblado orientalizante de El Palomar (Oliva de Mérida, Badajoz). Noticia preliminar". En Ruiz Mata, D. y Celestino Pérez, S. (eds.): *Arquitectura oriental y orientalizante en la Península Ibérica*. Madrid, pp. 227-248.
- Maluquer de Motes, J. (1981): "El Santuario protohistórico de Zalamea de la Serena (Badajoz)". En Maluquer de Motes, J. y Aubet Semmler, M. E. (eds.): *Andalucía y Extremadura*. PIP. Barcelona, pp. 225-409.
- Oliveira, J. de (1993): "O rio Sever e as fronteiras no III milenio a.C.". *Seminário de Cooperação e desenvolvimento transfronteiriço*. Vila Vehla de Rodao, pp. 62-69.
- (1997): *Monumentos megalíticos da bacia hidrográfica do rio Sever*. Edición especial de *Ibn Maruán*. Lisboa.
- Pavón Soldevila, I. (1994): *Aproximación al estudio de la Edad del Bronce en la Cuenca Media del Guadiana: La Solana del Castillo de Alange (1987)*. Institución Cultural El Brocense. Cáceres.
- (1995): "La Edad del Bronce". *Arqueología en Extremadura: 10 años de descubrimientos. Extremadura Arqueológica*, IV, pp. 35-65.
- (1998a): *El Cerro del Castillo de Alange (Badajoz). Intervenciones arqueológicas (1993). Memorias de Arqueología Extremeña*, I. Mérida.
- (1998b): *El tránsito del II al I milenio a.C. en las cuencas medias de los ríos Tajo y Guadiana: la Edad del Bronce*. Servicio de Publicaciones de la UEX. Cáceres..
- Pavón Soldevila, I., González, J. L. y Plaza, F. (1993): "Las Minitas (Almendralejo, Badajoz): una necrópolis de cistas del Bronce del Suroeste en la Tierra de Barros (Campaña de urgencia de 1994)". *Norba. Revista de Historia*, 13, pp. 11-37.
- Pellicer Catalán, M. y Acosta Martínez, P. (1982): "El Neolítico Antiguo en Andalucía Occidental". *Col. Neol. Anc.* Montpellier, pp. 181-190.
- Perea, A. (1991): *Orfebrería Prerromana. Arqueología del oro*. Madrid.
- Rodríguez Díaz, A. (1987): *El poblamiento prerromano en la Baja Extremadura*. Tesis Doctoral. Ed. microfichada. Cáceres, 1996.
- (1990): "Continuidad y ruptura cultural durante la Segunda Edad del Hierro en Extremadura". *La Cultura Tartésica y Extremadura. Cuadernos Emeritenses*, 2. MNAR. Mérida, pp. 127-162.
- (1994): "Algunas reflexiones sobre el caída de Tartessos y el desarrollo de la Beturia prerromana: la crisis del Cuatrocientos". *CuPAUAM*, 21, pp. 9-34.
- (1995): "Extremadura prerromana". *Arqueología en Extremadura: 10 años de descubrimientos. Extremadura Arqueológica*, IV, pp. 91-122.
- (1998) (coord.): *Extremadura Protohistórica: Paleoambiente, Economía y Poblamiento*. Cáceres.
- Rodríguez Díaz, A. y Enríquez Navascués, J. J. (2001): *Extremadura Tartésica. Arqueología de un proceso periférico*. Ed. Bellaterra. Barcelona.
- Rodríguez Díaz, A. e Iñesta Mena, J. (1985): "Las Dehesillas, un poblado prerromano en el término municipal de Higuera de Llerena (Badajoz)". *Norba. Revista de Historia*, 5, pp. 17-28.

- Rodríguez Díaz, A. y Ortiz Romero, P. (1998): "La Mata de Campanario (Badajoz): Un nuevo ejemplo de 'arquitectura de prestigio' en la Cuenca Media del Guadiana". En Rodríguez Díaz, A. (coord.): *Extremadura Protohistórica: Paleoambiente, Economía y Poblamiento*. Cáceres, pp. 201-246.
- Velázquez Jiménez, A. y Enríquez Navascués, J. J. (eds.) (1995): *Celtas y Túrdulos: la Beturia. Cuadernos Emeritenses*, 9. MNAR. Mérida.
- de Araya, Mérida (Badajoz)". *Pyrenae* 17-18, pp. 191-203
- (1986): "Excavaciones de urgencia en la Cueva de la Charneca, Oliva de Mérida (Badajoz)". *Noticiario Arqueológico Hispano*, 28, pp.7-24. Brocense. Cáceres.
- (1995): "La Edad del Bronce". *Arqueología en Extremadura: 10 años de descubrimientos*. Extremadura Arqueológica, IV, pp. 35-65.
- (1998a): El Cerro del Castillo de Alange (Badajoz). *Intervenciones arqueológicas (1993)*. Memorias de Arqueología Extremeña, 1. Mérida.
- (1998b): El tránsito del II al I milenio a.C. en las cuencas medias de los ríos Tajo y Guadiana: la Edad del Bronce. Servicio de Publicaciones de la UEX. Cáceres..
- Pavón Soldevila, I., González, J. L. y Plaza, F. (1993): "Las Minitas (Almendralejo, Badajoz): una necrópolis de cistas del Bronce del Suroeste en la Tierra de Barros (Campaña de urgencia de 1994)". *Norba. Revista de Historia*, 13, pp. 11-37.
- Pellicer Catalán, M. y Acosta Martínez, P. (1982): "El Neolítico Antiguo en Andalucía Occidental". *Col. Neol. Anc. Montpellier*, pp. 181-190.
- Perea, A. (1991): *Orfebrería Prerromana*. Arqueología del oro. Madrid.
- Rodríguez Díaz, A. (1987): *El poblamiento prerromano en la Baja Extremadura*. Tesis Doctoral. Ed. microfichada. Cáceres, 1996.
- (1990): "Continuidad y ruptura cultural durante la Segunda Edad del Hierro en Extremadura". *La Cultura Tartésica y Extremadura. Cuadernos Emeritenses*, 2. MNAR. Mérida, pp. 127-162.
- (1994): "Algunas reflexiones sobre el caída de Tartessos y el desarrollo de la Beturia prerromana: la crisis del Cuatrocientos". *CuPAUAM*, 21, pp. 9-34.
- (1995): "Extremadura prerromana". *Arqueología en Extremadura: 10 años de descubrimientos*. Extremadura Arqueológica, IV, pp. 91-122.
- (1998) (coord.): *Extremadura Protohistórica: Paleoambiente, Economía y Poblamiento*. Cáceres.
- Rodríguez Díaz, A. y Enríquez Navascués, J. J. (2001): *Extremadura Tartésica*. Arqueología de un proceso periférico. Ed. Bellaterra. Barcelona.
- Rodríguez Díaz, A. e Iñesta Mena, J. (1985): "Las Dehesillas, un poblado prerromano en el término municipal de Higuera de Llerena (Badajoz)". *Norba. Revista de Historia*, 5, pp. 17-28.
- Rodríguez Díaz, A. y Ortiz Romero, P. (1998): "La Mata de Campanario (Badajoz): Un nuevo ejemplo de 'arquitectura de prestigio' en la Cuenca Media del Guadiana". En Rodríguez Díaz, A. (coord.): *Extremadura Protohistórica: Paleoambiente, Economía y Poblamiento*. Cáceres, pp. 201-246.
- Velázquez Jiménez, A. y Enríquez Navascués, J. J. (eds.) (1995): *Celtas y Túrdulos: la Beturia. Cuadernos Emeritenses*, 9. MNAR. Mérida.

Figuras

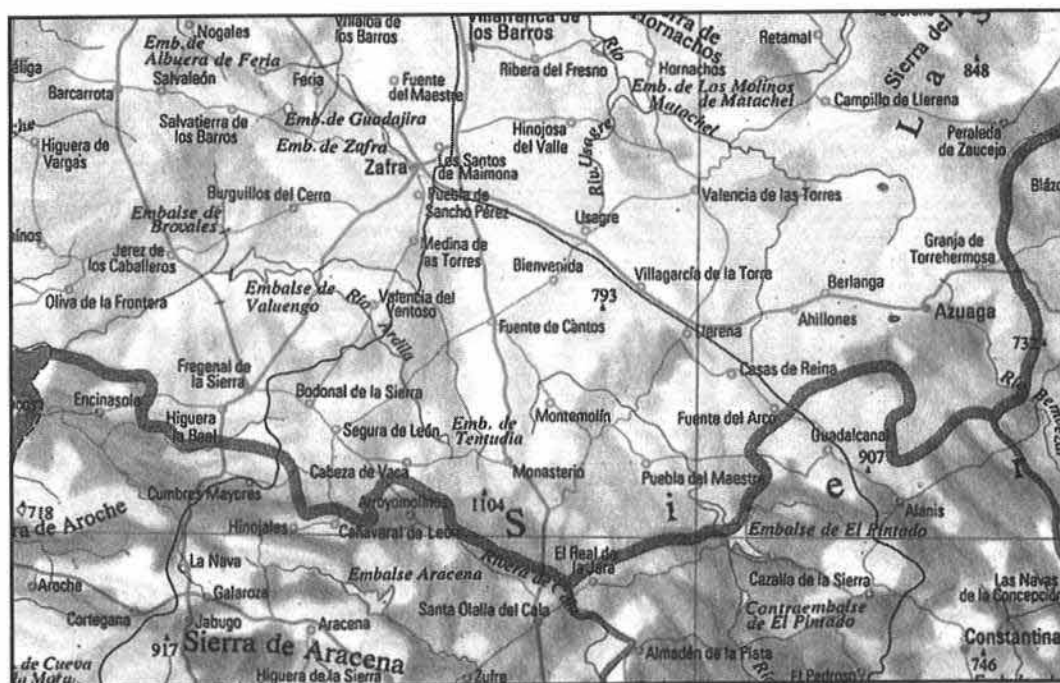
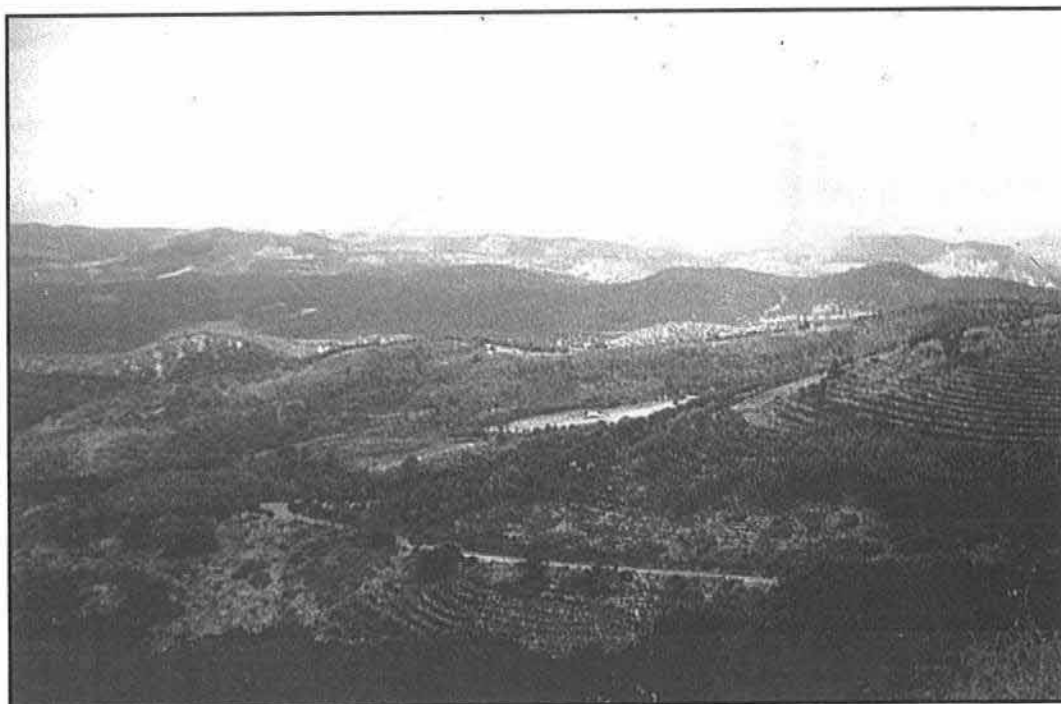


Fig. 1. Paisaje y cartografía del sur de Badajoz con los municipios principales de la comarca de Tentudía. (Fuente: *Atlas El País-Aguilar*).



Fig. 2. Edad del Cobre. Poblado de Los Castillejos-1 (Fuente de Cantos) (Foto A. Rodríguez) y tholos de La Granja del Toninñuelo (Jerez de los Caballeros) (Foto *Extremadura Restaurada*).

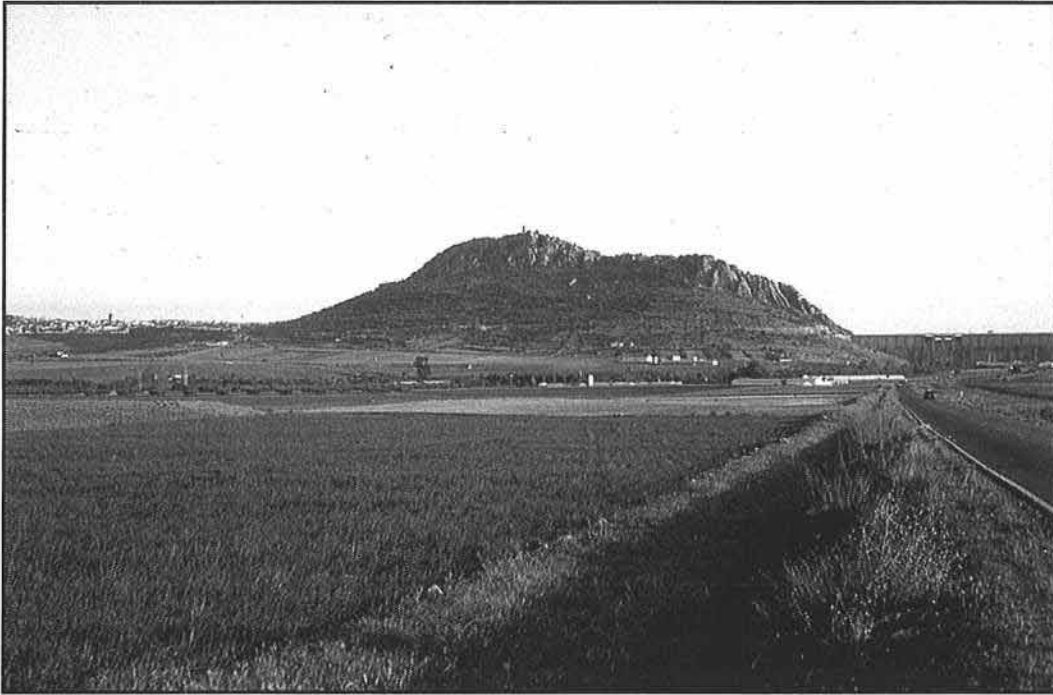


Fig. 3. Edad del Bronce. Poblado de Alange y necrópolis de cistas de Las Minitas (Almendralejo) (Fotos A. Rodríguez).

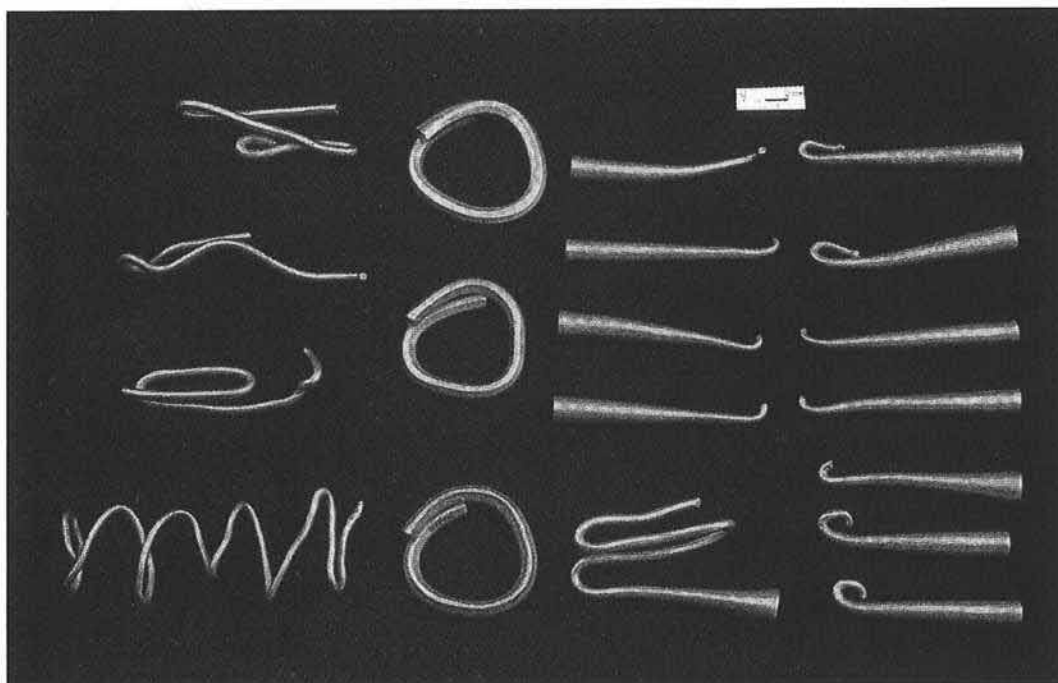
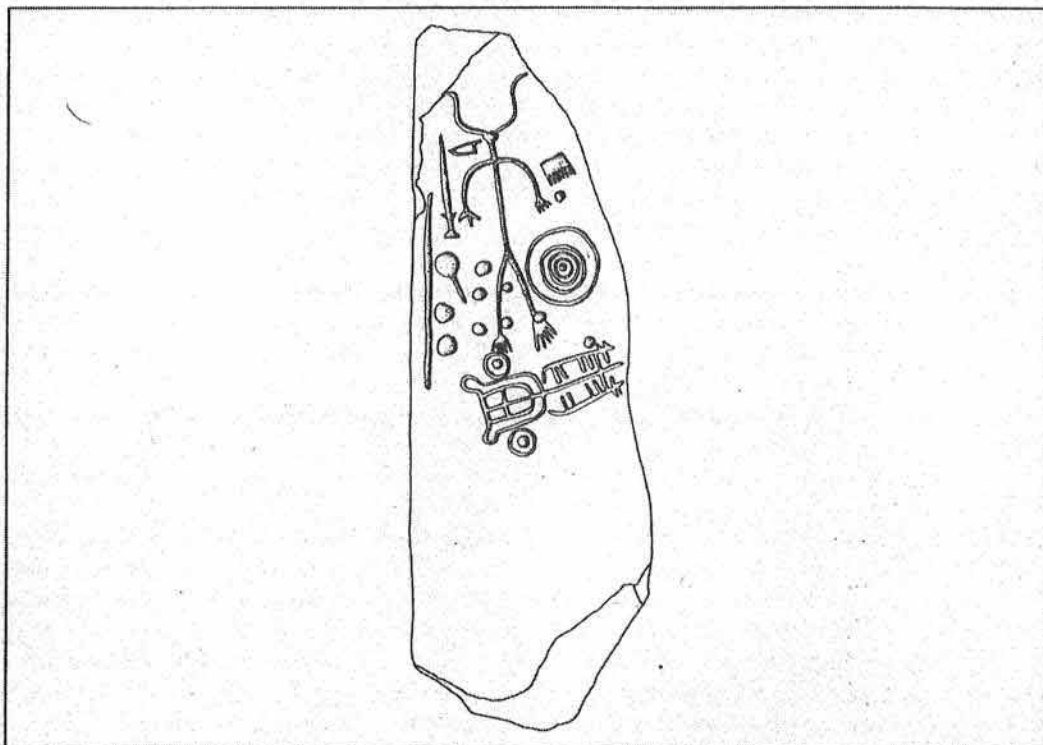


Fig. 4. Bronce Final. Estela de Fuente de Cantos (según Celestino Pérez, 2001a) y tesoro de Bodonal de la Sierra (Foto *Revista de Arqueología*).

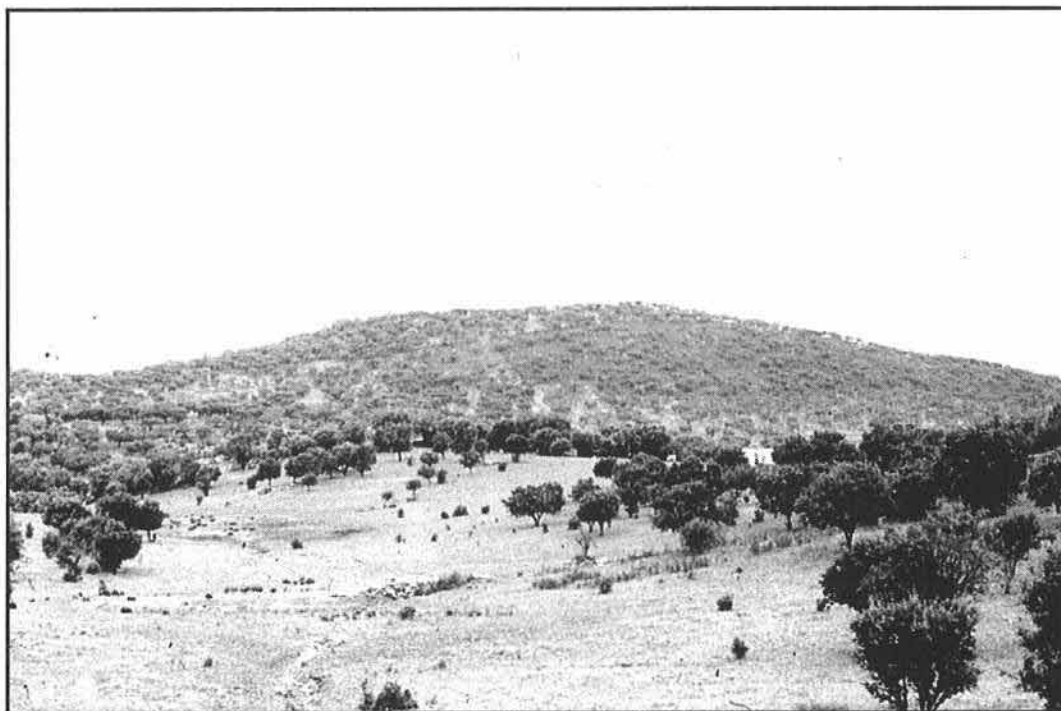


Fig. 5. Bronce Final. Poblado y “fondo de cabaña” de la Sierra de la Martela (Segura de León) (Fotos A. Rodríguez).

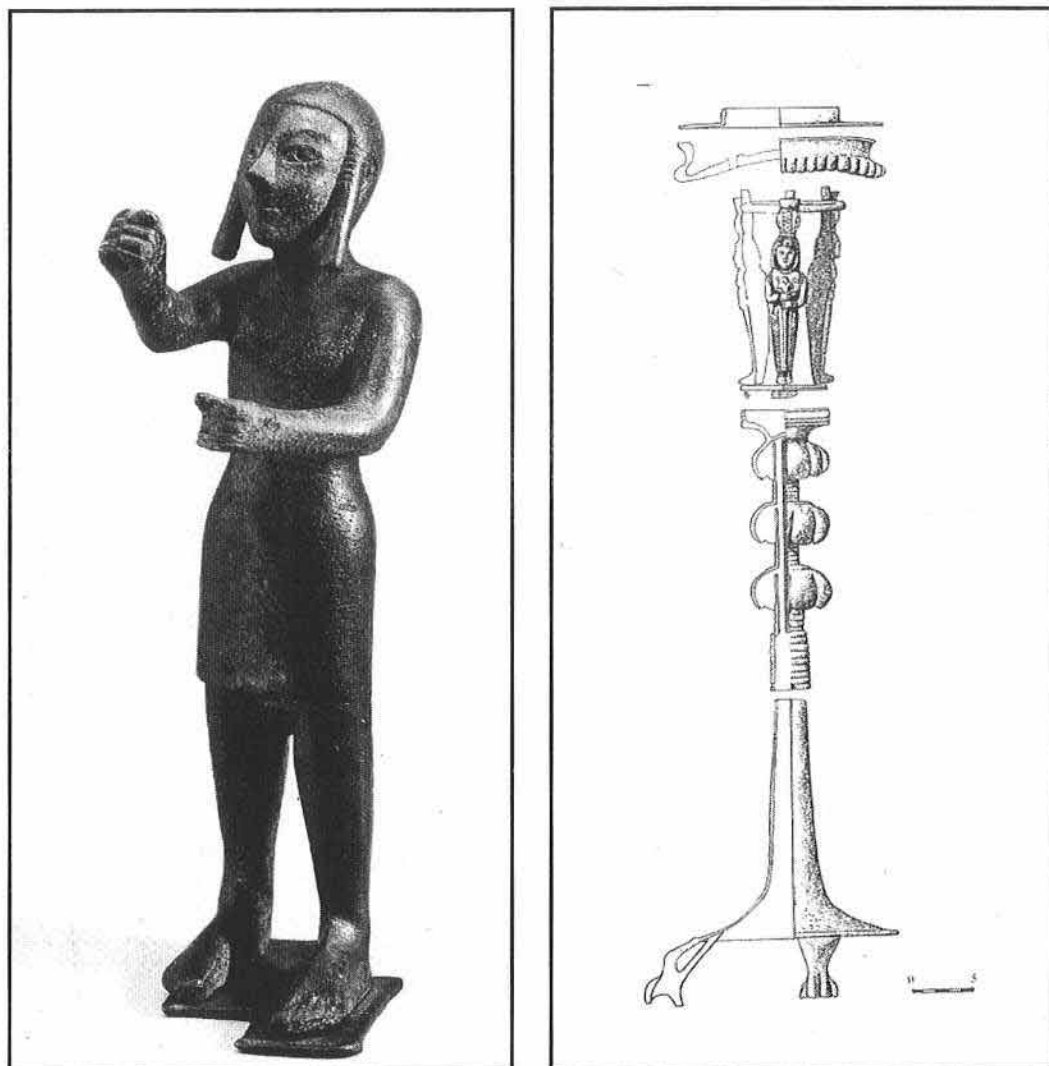


Fig. 6. Período Orientalizante. Guerrero de Medina de las Torres (Foto Argantonio. *Rey de Tartessos*) y timaterio de Villagarcía de la Torre (según De la Bandera y Ferrer, 1994).

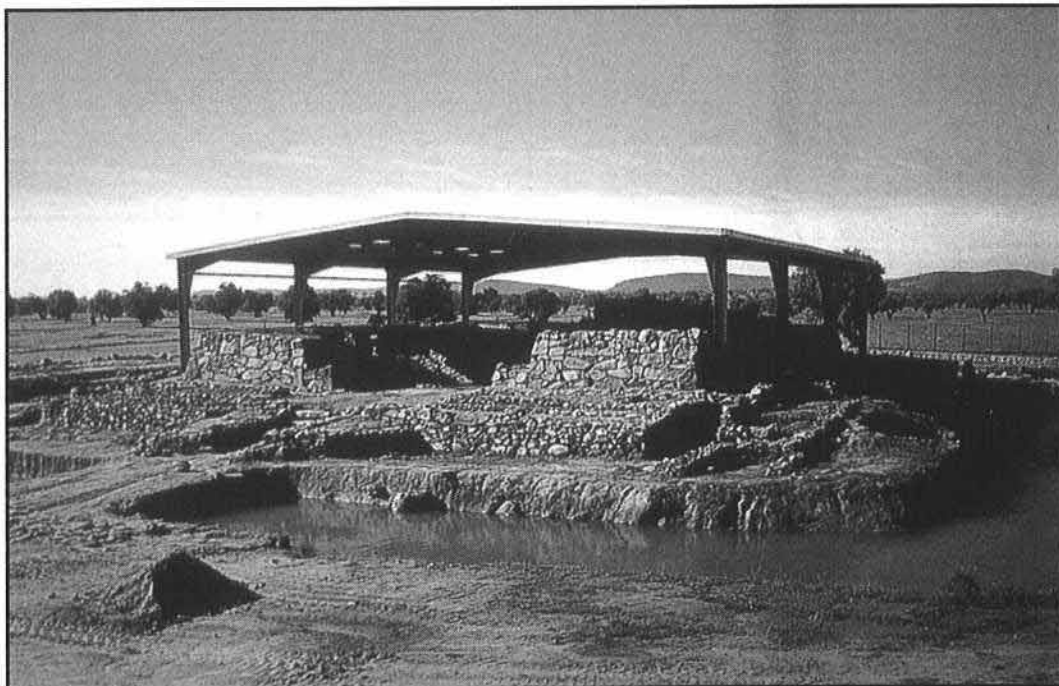


Fig. 7. Período Post-orientalizante. Cancho Roano (Zalamea de la Serena) (Foto *Extremadura Restaurada*) y La Mata (Campanario) (Foto A. Rodríguez).

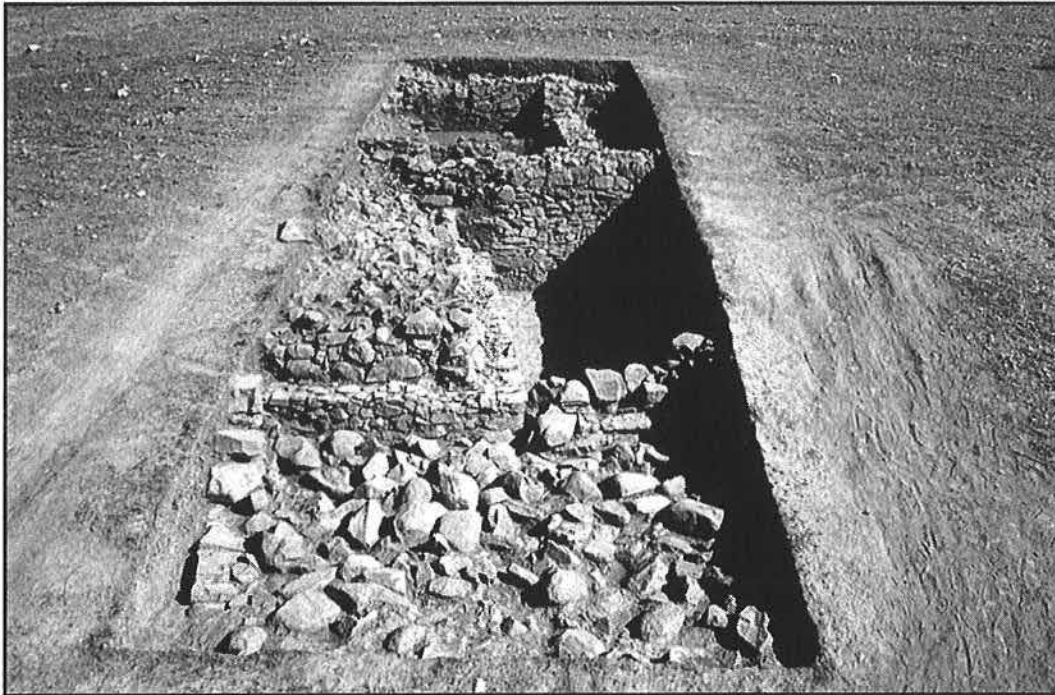


Fig. 8. Segunda Edad del Hierro. Castro prerromano de Los Castillejos-2 (Fuente de Cantos) (Fotos A. Rodríguez).

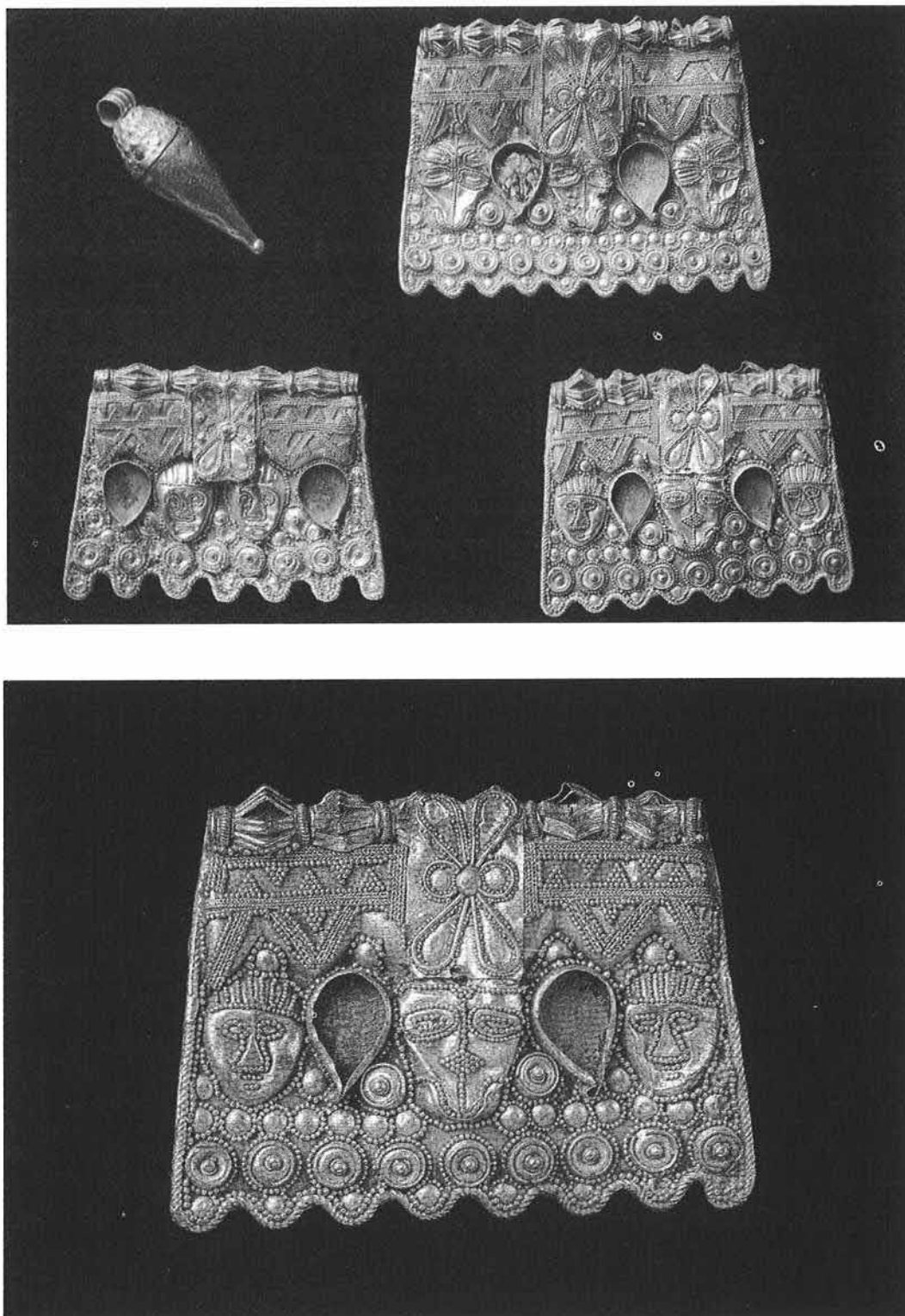


Fig. 9. Segunda Edad del Hierro. Tesoro de Segura de León (Fotos J. Latova).